

su desordenado amor de las alabanzas, de los vanos honores, á los gustos y comodidades de una vida sensual, toda natural. Pero esto no es bastante: deseando elevar á esta alma, no se contenta con sustraerla á la corruptora influencia del pecado y va más adelante; trabaja para purificarla, enderezarla, ablandarla é infiltrarla, si puede hablarse así, el jugo vivificante de la gracia; en una palabra, para divinizarla en Jesucristo y por Jesucristo. Hay almas en quienes esta unión con Jesucristo se eleva por estas misteriosas depuraciones á un grado tal de perfección, que sienten que Jesucristo vive en ellas y ellas en Jesucristo, pudiendo decir con toda verdad con San Pablo: «Vivo y no soy yo quien vive, es Jesucristo el que vive en mí». *Vivo ego jam non ego; vivit vero in me Christus.*

Para llegar á un grado cualquiera de esta unión más íntima con Dios, es decir, para recibir una comunicación más especial y más abundante de su vida divina, es necesario que el alma pase ordinariamente por este crisol de la tribulación; por este fuego más ó menos activo de los sufrimientos interiores, que la depuran y la hacen apta para recibir, como conviene, la acción divina y sus divinos efectos. De donde resulta que las *penas interiores* son un beneficio y uno de los medios más enérgicos de la vida espiritual, para hacer llegar al alma á la adquisición de las virtudes sólidas y á un grado elevado de unión con Dios; con tal de que esta alma tenga cuidado de sufrir sus penas con paciencia, humildad y amor, en unión con Jesucristo, sobre todo, con las penas y sufrimientos interiores de su alma santísima.

Apresurémonos á añadir que si une á estas disposiciones un motivo apostólico, esto es, si padece estas tribulaciones interiores por la salvación de las almas, encontrará fácil acceso cerca de Dios y obtendrá por este medio, más que por otro alguno, gracias abundantes de salud y de perfección para el prójimo. Dios se complace de ordinario en conceder á estas almas así proba-

das, gracias de vida interior para otras, sobre las cuales tiene algún designio de perfección. En una palabra, creemos que las personas más propias para ejercer el *Apostolado del sufrimiento* son aquellas á quienes Dios hace marchar por las vías de las *penas interiores*, para hacerlas semejantes á su divino Hijo; con mayor razón si estas penas, por su intensidad y continuidad, se convierten en una especie de agonía, lo que puede tener lugar, y lo que se realiza en efecto, en muchas almas á quienes Dios Padre quiere dar un rasgo especial de semejanza con su Hijo agonizante. De este estado particular vamos á hablar en uno de los capítulos siguientes, á causa de la gran utilidad que puede resultar para la salud y perfección de las almas; pero, á fin de comprenderlo mejor, hablaremos desde luego de las agonías del alma santa de Jesús.

CAPÍTULO XXIX.

AGONÍAS DEL ALMA SANTA DE JESÚS.

Durante los treinta y tres años de su vida mortal, nuestro Señor Jesucristo permaneció siempre en estado de víctima; y su alma santa, principal asiento de este sacrificio, fué siempre un alma doliente, entregada á la desolación y siempre más ó menos agonizante. El gran amor que tenía á su Padre le hacía desear muy ardientemente probarse con los más grandes sacrificios. Y como nadie podía poner límites á este deseo de su Corazón, le dió una satisfacción completa, entregándose todo entero á la *desolación*, saciándose de oprobios, *saturatus opprobriis*, y sumergiéndose todo entero en las aguas sangrientas de este bautismo, con que deseaba tan ardientemente ser bautizado, cuando decía: *Baptismo habeo baptizari: et quomodo coarctor usquedum perficiatur!*

Envueltos como estamos en la atmósfera glacial de este siglo, no podemos comprender, sin alguna pena, estos santos excesos del amor de Dios. Y, sin embargo, fueron así; por lo que no estimamos temerario decir, que no hubo sólo para Jesús la agonía del Huerto de las Olivas, sino lo que no tememos llamar, la *agonía continua* de toda su vida mortal.

No pretendemos con esto decir que el alma santa de Jesús estuvo, durante toda su vida, entregada á una desolación tan grande como la del Huerto de las Olivas: queremos decir solamente que esta desolación fué habitual, ó casi habitual, bastante intensa, bastante profunda para merecer ser considerada como una especie de *agonía* prolongada, de la cual, la del Huerto de las Olivas y la del Calvario, fué, como la crisis suprema, llevada á su más grande *intensidad*.

Sobre este conmovedor objeto leemos páginas muy elocuentes en una obra recientemente publicada, con aprobación episcopal, en la cual una religiosa cuenta sencillamente lo que oyó de la misma boca de Nuestro Señor. La precisión y elevación con que esta humilde hija del pueblo, simple hermana convertida, explica los dogmas más sublimes de nuestra santa religión, no permite poner en duda sus afirmaciones, consignadas en el artículo especial que tomamos de sus escritos.

«Un día de Jueves Santo, refiere esta sierva fiel del Sagrado Corazón de Jesús (1), me puse de rodillas para orar ante Dios; pero no pude hacerlo. El recuerdo de la Pasión de mi Salvador estaba en mi espíritu, y experimenté como una atracción irresistible de seguir á Jesús y de orar con El antes de su Pasión. Le vi separado de sus Apóstoles como huído, el rostro en tierra, y le oí exclamar: «Dios mío, apartad de mí este cáliz; sin embargo, hágase vuestra voluntad y no la mía». Me acerqué á Jesús para enjugar el sudor que corría de su

(1) *Vida y obras de María Lataste*, obra aprobada por Monseñor el Obispo de Aire.

frente con abundancia: «Tú vienes á mí, hija mía, me dijo, cuando todos me abandonan; te lo agradezco».—Señor, le repliqué, ¡cuán grande es vuestro dolor!—Hija mía, no puedes comprenderlo. En este instante experimento todos los dolores de mi Pasión, y los cristianos piadosos que guardan memoria de lo que sufro en esta hora, me honran con su veneración por lo que llaman la agonía del Huerto de las Olivas».

»El Hijo del Hombre, hija mía, tuvo muchas agonías. ¿Sabes tú, en efecto, lo que es una agonía? La agonía es el abatimiento considerable de la vida, y el combate de un sér vivo contra la muerte, que va á herirle. Vas á comprender cómo y cuando ha podido haber en mí muchas agonías.

»La primera tuvo lugar en el momento de mi concepción; la segunda en el seno de mi Madre; la tercera el día de mi nacimiento; la cuarta en el Huerto de las Olivas, y la quinta en la cruz.

»Mi primera agonía tuvo lugar en el momento de mi concepción, antes de la cual no poseía más que la gloria divina. Yo era Hijo de Dios, Verbo eterno. Pero yo había hecho oír mi voz á mi Padre: «He aquí que vengo». Y vine á Dios, mi Padre, no solamente por el retorno de mi persona divina á El, en su seno, sino por el abatimiento de mi divinidad, de mi vida divina, que encerré en la humanidad que tomé en el seno de María. Este es un abatimiento que tu espíritu no comprenderá jamás. Hubo lucha entre mi vida divina y la humana que tomé; era la agonía verdadera de mi vida divina; porque, hija mía, tal abatimiento era una verdadera agonía, si no capaz de robarme mi divinidad, capaz de anonadar mi humanidad, si mi potencia divina no la hubiera dado la fuerza de unirse á mi divinidad.

»Mi segunda agonía tuvo lugar en el seno de mi Madre. Yo estaba rodeado de gloria en el de mi Padre celestial, donde reflejaba eternamente esta gloria; Yo era Dios en Dios, Dios distinto de Dios, y Dios unido á Dios; Dios engendrado eternamente por Dios, y Dios viviendo eternamente en Dios:

pero en el seno de María debía abatirme, velar y casi anonadar mi gloria eterna. Yo poseía en Dios una vida divina y gloriosa; y en María poseí una vida oscura, desconocida y pasible. Mi gloria, como Dios, no puede desaparecer, ni ser anonadada; mi vida divina no puede serme quitada, porque dejaría de ser; pero unir esta vida á la de la humanidad, conservarla con la vida de la humanidad, era abatirla, y anonadarla, tanto como puede serlo; era constituir la en estado de agonía, hasta el día en que mi humanidad residiera, llena de gloria, en el seno de la Divinidad.

»Estas dos agonías no son verdaderas, porque miran, especialmente en primer lugar, á mi divinidad; te las doy á conocer para que detengas alguna vez tu espíritu, y en presencia del abatimiento y humildad de mi divinidad, aprendas á abatirte y á humillarte.

»Mi tercera agonía empezó en el día de mi nacimiento. Mi vida, en efecto, debía ser una expiación, un sufrimiento continuo, que tenía que terminar con mi muerte. Ahora bien, mi vida se pasó siempre en el sufrimiento que cada día me recordaba mi muerte. Nací en la pobreza; ocho días después de mi nacimiento empecé á derramar mi sangre; cuarenta días después me ofrecí como víctima; más tarde tuve que huir por evitar la cólera de los reyes de la tierra. Trabajé en seguida con María y José en nuestra morada de Nazareth; ayuné cuarenta días en el desierto; durante tres años me fatigué en evangelizar á los pobres, en curar á los enfermos, en instruir á mis Apóstoles; y esto para preparar de una manera más próxima mi muerte en el árbol de la cruz.

He vivido treinta y tres años como una víctima preparada para la muerte, esperando la muerte y deseándola para la salvación de los hombres.

»El estado en que me muestro á ti en esta hora es el de mi cuarta agonía. Mi divinidad me manifestaba todos los tormentos de mi pasión, todos los crímenes que tienen los hombres que expiar, la expiación de esos crímenes, inútil para un número

inmenso, porque ellos no querrán aprovecharla; y este cuadro me hubiera arrancado la vida, si no la retuviera para experimentar la realidad de los suplicios que me estaban destinados por la justicia de mi Padre.

»En fin, hija mía, la quinta y última agonía es la de la cruz. Los hombres habían agotado en mí toda su crueldad; me habían clavado en la cruz, dándome á beber hiel y vinagre: la sangre de mis venas estaba casi toda derramada; las profecías estaban cumplidas y yo exhalé un gran grito y entregué mi espíritu en manos de mi Padre».

No creemos necesario, después de lo que acaba de leerse, insistir más sobre los dolores, sobre las *agonías continuas* del alma santa de Jesús, durante los treinta y tres años de su vida mortal. Habiendo siempre sufrido nuestro divino Salvador, no es extraño que llame á ciertas almas á seguirle de tan cerca como las sea posible en esta vía dolorosa de las tribulaciones, de las *agonías continuas*. Cuanto la vida de estas almas privilegiadas se llene más de angustia y amargura, tanto más se llenará de gracias abundantes y de dones preciosos. Dios se sirve de ellas ordinariamente para las misiones santas é importantísimas que se relacionan con la economía general de la redención, con el bien general de la Iglesia, y con la salud y perfección de las almas; en proporciones muy extensas.

En fin, si son fieles á su misión hasta su término, estas almas queridas de Dios y de Jesús, su divino Hijo, ocuparán en el cielo los lugares de honor, y brillarán con una claridad incomparable. Pero lo que las producirá una inmensa felicidad, serán la dulzura divina, la suavidad inefable que reemplazará durante toda la eternidad á la amargura profunda con que fueron nutridas en la tierra.

CAPÍTULO XXX.

AGONÍAS DE ALGUNAS ALMAS QUE JESUCRISTO ASOCIA MÁS ESPECIALMENTE Á SU VIDA AGONIZANTE Y CRUCIFICADA.

Lo que vamos á decir en este capítulo hallará su explicación en cierto número de almas fervorosas, á quienes Nuestro Señor asocia de una manera especial á las agonías interiores que padeció su alma, durante toda su vida mortal, singularmente en el Huerto de las Olivas y en la cruz. Este estado de agonía del alma es, en efecto, un estado excepcional de la vida espiritual; y debe ser considerado como efecto de una permisión particular de Dios. Puede decirse de la misma manera que estas clases de estados de penas interiores extraordinarias corresponden á los estados extraordinarios de amor divino, de unión divina, que los maestros de la vida espiritual señalan como otros tantos grados elevados de perfección.

En efecto, la perfección consiste en la unión con Dios por la caridad; y esta perfección es tanto más grande, cuanto la unión es más estrecha y más perfecta. Ahora bien: Dios visita al alma ó se une á ella de dos maneras, dice el autor de la *Imitación de Jesucristo*, á saber: por el consuelo y por la desolación. En el primer caso el alma está alegre y se estremera bajo las impresiones de la felicidad sentida; su amor por Dios es entonces un *amor consolado*, y la unión que resulta es, por consiguiente, también una *unión consolada*. Pero en el segundo caso, es decir, cuando Dios visita al alma por la desolación, el alma está triste y sufre bajo la impresión de la prueba, pacientemente aceptada, pero profundamente sentida; su amor por Dios es un amor muy real, pero un *amor desolado*, y la unión que resulta es, por consiguiente, también una unión muy real, pero *desolada*. No queremos decir que esta unión, aunque *desolada*, no sea en el fon-

do una unión dichosa; pero esta dicha no se hace entonces sentir más que por un fondo de paz y de paciencia inalterable, que tiene al alma en equilibrio, á pesar de la desolación que la agita, como el fondo de una nave permanece casi inmóvil, á pesar de la agitación de sus mástiles y de sus cuerdas, bajo la acción de un viento impetuoso que los hace moverse en todos sentidos.

Así es como el alma santa de Nuestro Señor, modelo de almas probadas, gustaba la dicha de la visión intuitiva y de la unión beatífica; y, sin embargo, se entregaba por la parte inferior de sí misma á la mayor desolación, á la más amarga tristeza, á las impresiones de la mortal agonía. Lo mismo que en el ejercicio de lo que llamamos la *unión consolada*, cuanto esta es más íntima y perfecta, el consuelo que de ella resulta es más claro y perfecto, en el ejercicio de lo que llamamos la *unión desolada* cuanto esta es más íntima y perfecta, más amarga y aflictiva es la desolación que la acompaña. La razón es bien sencilla: en el primer caso Jesucristo une el alma á sus alegrías y en el segundo á sus penas: en el primero se manifiesta á ella como una fuente de todo consuelo; en el segundo se revela como un abismo de desolación, como un varón de dolor, como víctima. En el primer caso, todo sentimiento de tristeza desaparece del alma que se entrega entera á la alegría de sacar la vida divina de las fuentes del Salvador: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*; en el segundo, aunque el alma sea radicalmente dichosa, puesto que está unida á Dios, como esta unión se efectúa, sobre todo, con los dolores de la santa Víctima del Calvario, entrégase toda entera á la desolación y cae en la tristeza más amarga, como Jesucristo agonizante.

Si nos preguntas, lector querido, cuál de estos dos estados del alma es preferible en la práctica, la respuesta es fácil. De todos los estados en que los miembros de Jesucristo pueden encontrarse en los caminos de la vida espiritual, el más durable es aquel que comunica al alma más entera semejanza

con su divina Cabeza, mientras que está sobre la tierra.

Acabamos de decirlo: la vida de Jesucristo sobre la tierra fué una vida siempre doliente, siempre más ó menos agonizante; y será más semejante al Salvador Jesús el que participe más íntimamente y con amor más perfecto, de sus continuos sufrimientos, de su continua agonía. Aquí, lector querido, nos detendrás y nos dirás: ¿Puédese encontrar almas á quienes Nuestro Señor mantiene en ese continuo estado de agonía? Si tomas esta palabra en su última expresión de sufrimiento y desolación responderemos: No. Nuestro Señor no permite que un alma esté continuamente desolada de esa manera; pero sí que, sin estar habitualmente reducida á esa extremidad desoladora, lo sea por intervalos más ó menos próximos, ó que no viva casi nunca sin alguna cruz interior más ó menos pesada. De estos ejemplos se ven, y cuando un director de conciencias se halla en presencia de esas almas, á quienes nuestro Señor tiene en estado de sacrificio, puede decir, sin temor de equivocarse: «Estoy en presencia de un alma á quien nuestro Señor ama tiernamente, y en la que ha resuelto reproducir la viva imágen de sí mismo, de su vida crucificada. Prestaré, pues, mis cuidados á esta alma, á fin de que responda plenamente á los designios de su Dios; y de que las almas á quienes ha resuelto traer por ella á la salud y á la perfección, no se vean privadas de ese poderoso auxilio. Porque nunca coloca Dios á un alma en esas dichas condiciones por ella sola; y las palabras de Santa Teresa encuentran en esta alma perfecta aplicación:

«Estoy persuadida de que el que se esfuerza por llegar al colmo de la perfección (y el estado de que hablamos es el camino más corto para llegar á ella), no ira solo al cielo, sino que Dios le dará, como á un valiente capitán, soldados que marcharán bajo su mando».

¡Oh almas privilegiadas, á quienes Dios Padre se complace en dar un rasgo de semejanza tan perfecto con su Hijo agonizante! Estimáos dichosisi-

mas y bendecid al Señor por este favor insigne, más grande que ninguno de los que tiene la costumbre de conceder á sus mejores amigos. No os dejéis dominar por el desfallecimiento, que se presentará quizás á la puerta de vuestro corazón, ni pronunciéis estas palabras: «La cruz me agobia: no quiero llevarla más». Tal lenguaje no vendría de Dios, sino de vuestro enemigo, es decir, del demonio, celoso de veros tan favorecidos, ó bien, de vuestra naturaleza, que cedería á una funesta impresión de debilidad ó de aburrimiento. Recurrir entonces á Aquel que os ha cargado con esta cruz, y decidle: ¡Oh mi dulce Jesús! yo no rehusé vuestra cruz, ni la parte que me dáis en vuestro cáliz amargo. Pero Vos conocéis, Señor, mi debilidad; ayudadme, sostenedme, fortificadme, á fin de que, no solamente no sucumba bajo el peso de mi cruz, sino de que la lleve en vuestro seguimiento con valor y perseverancia hasta la cima del Calvario, para ser crucificado y morir con Vos por la salud de las almas, por las cuales habéis derramado hasta la última gota de vuestra sangre. Así sea.

CAPÍTULO XXXI.

RELACIONES ÍNTIMAS ENTRE EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO Y EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN.

Lo hemos dicho al principio de esta obra y tenemos que repetirlo: entre el Apostado de la Oración y el del Sufrimiento existe un lazo estrecho, una conexión íntima, tan íntima, que puede preguntarse legítimamente, cómo sería posible separar la una de la otra, queriéndose obtener un resultado profundo y serio para la salvación de las almas y para la regeneración de la sociedad.

Nuestra convicción es la de que el Apostolado de la Oración y el del Sufrimiento deben marchar juntos, como el sufrimiento y la oración marcharon unidos en la vida del Hombre-Dios. ¿Qué son,